

en 1987 por Luis Mandoki. Siguiendo con su propuesta metodológica, Antebi yuxtapone estos dos materiales con el testimonio de Rigoberta Menchú *Me llamo Rigoberta Menchú*. El resultado es complejo y puede ser leído de varias maneras, pero vale la pena referirse a un elemento central al argumento general del libro: el lugar marginal en que la diferencia corporal ha sido ubicada por aquellos que critican sus carencias como reivindicación política. En contraposición al enorme valor político que tradicionalmente posee el testimonio, el de Brimmer ha sido leído como menos político que otros trabajos de Poniatowska. Antebi problematiza esta lectura, devolviendo al texto todos sus matices políticos, no sólo por la experiencia misma de Brimmer, sino además como evidencia de la despolitización con que han sido leídas las reivindicaciones sobre la diferencia corporal, al ser reducidas a problemas individuales.

El libro de Antebi demuestra de manera contundente que la diferencia corporal ha estado en el centro del campo literario latinoamericano, no en los márgenes. Su aporte al campo de los estudios literarios es por partida doble: de un lado, a través de una lectura teóricamente densa, muestra los matices que enlazan las obras canónicas con aquellas frecuentemente marginalizadas en el canon, a la vez que evidencia la centralidad que el supuesto “margen” ha tenido a la hora de pensar en la identidad latinoamericana. De otro lado, el libro está construido desde una sólida estrategia metodológica que constituye en sí misma un claro

aporte a los estudios literarios y culturales sobre Latinoamérica. Gracias a un sofisticado análisis teórico y una sólida estrategia metodológica, *Carnal Inscriptions* restituye su complejidad a un tema frecuentemente pasado por alto por la crítica.

Mercedes López Rodríguez
Georgetown University

Rubén Quiroz Ávila. *La razón racial. Clemente Palma y el racismo a fines del siglo XIX*. Lima: Universidad Científica del Sur, 2010. 104 pp.

La razón racial. Clemente Palma y el racismo a fines del siglo XIX trae a la presencia una variable significativa del pasado del propio presente peruano. Se trata del racismo, una herencia que nos viene de los días del coloniaje y que, como ha mostrado recientemente Jorge Bruce en *Nos habíamos choleado tanto*, sigue habitando nuestro imaginario y nuestras prácticas cotidianas.

Subrayo, en primer lugar, que el libro esté dedicado a David Sobrevilla, un filósofo peruano que, siguiendo inicialmente el sembrío de Augusto Salazar Bondy, ha empeñado sus reconocidas competencias en reconstruir y “repensar” (término que le es particularmente querido) nuestra tradición filosófica de los dos últimos siglos. El campo abierto por estos maestros sanmarquinos está siendo hoy cultivado por nuevas generaciones de filósofos, en un esfuerzo encomiable por revisar nuestras tradiciones filosóficas, remontándose, en algunos

casos, con el apoyo de profesores como José Carlos Ballón, hasta el pensamiento de la época colonial. No se puede desconocer, por otra parte, que hay otros profesores como Alberto Quintanilla y Augusto Castro, que están también contribuyendo al mejor conocimiento del pasado filosófico peruano.

El libro de Rubén Quiroz se propone como objetivos, primero, reconstruir una parcela importante del discurso hegemónico, el de las razas, analizando su contenido y estrategia de producción e instalación, y, segundo, deconstruir ese discurso, dando cuenta del paradigma conceptual que le sirve de sustento y del proyecto sociopolítico en el que se inscribe. Se trata, en general, de una especie de genealogía o arqueología de una forma de exclusión, el racismo, que llega, solapada a veces y a veces desbocada, hasta nuestros días.

Para cumplir ese propósito, el autor adopta como estrategia discursiva la exploración de los referentes filosóficos y la pragmática expresiva de Clemente Palma, estudia luego el racismo en la narrativa de este escritor y analiza, finalmente, en perspectiva hermenéutica *El porvenir de las razas en el Perú*, libro que publicara Palma en 1897. Quiroz termina con unas reflexiones finales, a las que sigue la bibliografía revisada en la investigación.

Con respecto a la perspectiva de abordaje del tema quiero subrayar que el autor, quien se atribuye la condición de “mestizo”, manifiesta haber sufrido en carne propia la exclusión social y simbólica y, por otra parte, ha sido beneficiario de un programa de inclusión a través

de una “acción afirmativa” de un organismo de cooperación internacional, lo que le ha llevado a realizar estudios de postgrado en el extranjero. Desde este lugar de enunciación, Quiroz se propone, como dice en la “Introducción”, contribuir a la elaboración e instalación de un “arquetipo epistemológico menos excluyente”. El repertorio discursivo y referente epistémico de Quiroz se alimenta, además y concomitantemente, de los debates de los estudios culturales, que han puesto especial énfasis en el desocultamiento de la relación entre producción de sentido y arquitectura del poder, de las propuestas de Aníbal Quijano sobre la colonialidad del poder y del saber, y de la tradición hermenéutica, entendida más como interpretación de textos, en la línea enriquecida por Gadamer, que como “ontología débil” de la actualidad, en la versión preferida por Vattimo.

En el andamiaje teórico y narrativo desde el que el autor se acerca al tema, se advierten no pocas ausencias como las reflexiones iniciales sobre raza e identidad de F. Fanon y sobre la “invención de América” de E. O’Gorman, la reflexiones de M. Foucault y los postestructuralistas sobre el poder y la construcción de la subjetividad, las anotaciones de T. Todorov sobre el racismo, los aportes de la Escuela de Birmingham, el pensamiento de E. Lévinas sobre la “otredad”, los influyentes análisis de E. W. Said sobre las maneras occidentales de atribuir identidad al “otro”, el candente debate actual sobre subalteridad, postcolonialidad, colonialidad, interculturalidad, etc.

En cuanto a los referentes histórico-filosóficos de la época de Palma y en los que éste se basa, el autor menciona a Rodríguez de Mendoza y el Convictorio Carolino, a Sebastián Lorente, a los contemporáneos Carlos I. Lissón, Mariano H. Cornejo y Javier Prado, y a los extranjeros A. Fouillé, J.M. Guyau, G. Le Bon, D. F. Sarmiento, Ch. Darwin, C. Linneo y J.A. de Gobineau, entre otros. Espigando de estos autores ideas sueltas y tratando de articularlas desde un confuso trasfondo hecho de naturalismo, positivismo e idealismo kantiano, Palma, nos dice Quiroz, se propuso reasumir el proyecto criollo de construcción de la nación después del desastre de la guerra con Chile, tratando de pensar y legitimar una convivencia con manifiesto predominio criollo y con subordinación, si no exclusión, de los pueblos originarios, afrodescendientes, asiático-peruanos y las diversas formas de mestizaje.

En la construcción de ese pensamiento y de esa estrategia de legitimación del poder, si nos atenemos al estudio de Quiroz, Palma no tuvo en cuenta el debate entre conservadores y liberales que atravesó buena parte del siglo XIX y en el que Bartolomé Herrera y Benito Laso desempeñaron papeles relevantes; tampoco supo Palma de las propuestas y la visión del Perú que estaban poniendo ya en la agenda pública los ingenieros, arquitectos y empresarios desde la Escuela de Ingenieros y luego desde la Sociedad de Ingenieros del Perú; y, finalmente, parece que Palma no tuvo oídos para oír el discurso contrahegemónico de signo predomi-

nantemente anarquista que iban construyendo los trabajadores del incipiente sector industrial y que tenían en Manuel González Prada a un visible exponente, como parece que tampoco acertó Palma a leer el trasfondo de indignación que revelaba, a su manera, la literatura indigenista. En fin, lo que quiero decir es que, a fines del siglo XIX y comienzos del XX, la lucha por el sentido, en la que evidentemente se inscribe la obra de Palma, era mucho más rica y colorida de lo que, al hilo del trabajo de Quiroz, el hijo de don Ricardo suponía. O tal vez —me arriesgo a sospechar— el autor de *El porvenir de las razas en el Perú* practicaba una “docta ignorancia” frente a todo pensamiento que debilitara su posición.

Sobre el trabajo de reconstrucción/deconstrucción en el que se embarca Rubén Quiroz, subrayo la importancia del énfasis puesto en dos aspectos: el esfuerzo por anudar, de un lado, la narrativa histórico-filosófica sobre el Perú y, del otro, el proyecto político de hegemonía criolla, incidiendo en la continuidad de la colonialidad del poder y del saber; y el intento, por parte de la “ciudad letrada” del paso del siglo XIX al XX, de “secularizar” las vigencias coloniales tratando de dotarlas de un fundamento “objetivo”, científico, recurriendo al naturalismo, al evolucionismo y al positivismo, principalmente, y poco después al espiritualismo.

Quiero terminar formulando unas preguntas. ¿Por qué hoy, es decir en los últimos lustros, la historia del racismo y sus actuales manifestaciones nos convocan al pensamiento? ¿Se trata simplemente de

una moda puesta en la pasarela por los estudios culturales y su afán por hacer de los imaginarios y mundos simbólicos el objeto preferente de investigación? ¿Por qué cuando en 1981 publiqué *El pensamiento fascista* (Lima: Mosca Azul) me regalaron los medios no críticas, sino insultos y, por el contrario, hoy se reciben con aplausos libros parecidos como el que hoy reseñamos o *Nos habíamos choleado tanto*, el exitoso libro de Jorge Bruce?

No tengo respuesta, pero sí sé que el llamado “otro” —el “excluido”, el “subalternizado”— ha tomado, en los últimos años, por sí mismo, la palabra y nos la está haciendo oír para contarnos sus historias y la nuestra. El “otro” no es más para “nosotros” una “externalidad”, sino alguien que nos habla y por quien nos sentimos hablados. La palabra del “otro” nos interpela, nos convoca a explorar nuestras propias tradiciones discursivas para desocultar lo que en ellas hay de violencia física y simbólica; nos llama a ir más allá de la antigua tolerancia y de la moderna inclusión, para construir juntos una forma de convivencia que no solo liquide la violencia social y simbólica, sino que se base en un diálogo enriquecedor y gozoso entre las diversidades que nos constituyen.

El libro que hoy reseñamos se inscribe en esta utopía de nuestro tiempo. No se trata de calificar a Palma y a su entorno de racistas, sino de deconstruir las claves de ese pensamiento para explorar cuánto de esa tradición autoritaria, segregacionista, explotadora y violenta habita aún nuestra subjetividad, configura nuestras relaciones socia-

les y recorre nuestra institucionalidad.

José Ignacio López Soria

Organización de Estados
Iberoamericanos para la Educación,
la Ciencia y la Cultura

Pedro Cebollero. *Discurso, retórica y agencia del criollo mexicano en “Nuevo Mundo y Conquista” de Francisco de Terrazas.* Saarbrücken: VDM, 2009. 214 pp.

Pedro Cebollero es autor del primer libro dedicado al poeta mexicano Francisco de Terrazas. Con anterioridad solamente existían artículos y ediciones de su obra, pero era necesaria la aparición de un libro como éste que ofreciera una valoración de conjunto de la vida y obra del autor novohispano. El libro de Cebollero está organizado en cinco capítulos que presentan al lector el contexto histórico y literario de Terrazas. En la Introducción explica Cebollero los propósitos de su investigación centrada en el papel de la épica en la aparición de la identidad americana, en especial en la contribución de los criollos mexicanos, siguiendo los estudios de Solange Alberro y José A. Mazzotti.

En el primer capítulo estudia el manuscrito de Terrazas, texto mediado dentro de la crónica de Baltazar Dorantes de Carranza, donde se encuentran los fragmentos de *Nuevo mundo y conquista*. Explica las fuentes del poema y las dificultades editoriales por la fragmentación de la obra, un problema presente en las ediciones pioneras de Antonio Castro Leal, Joaquín García Icazbalceta y Pedro Lasarte que